

XXVIII. ORACIÓN REPRESENTADA

10 de septiembre de 1987

Muy queridos todos en SM:

Acá les ofrezco una tercera forma de oración contemplativa basada en la Sagrada Escritura. Recuerdan las dos anteriores, desde hace ya años las llamamos “bíblica” y “abreviada”. A ésta, el uso y la costumbre la bautizaron “*representada*”; y por cierto que este nombre corresponde a lo que íntimamente ella es.

En efecto, la oración representada consiste en la representación imaginativa de la vida del Salvador. Claro está que las imágenes, de una u otra manera, cumplían alguna función en todas las otras formas de oración, pero ahora su función es explícita y primordial en vez de secundaria e implícita.

Tengamos presente, ante todo, lo tantas veces dicho sobre los métodos en la vida del espíritu, especialmente en la vida de oración. No hace falta que se los repita. Pero sí tendré que decirles algo sobre la facultad o capacidad imaginativa, la genealogía de nuestra oración representada y el poder de las obras o hechos de la vida de Jesucristo. Establecido este triple marco de referencia desarrollaré el proceso, presentaré los frutos y agregaré algunas advertencias que nos permitirán integrar la representada en nuestras vidas contemplativas en María.

1. LA IMAGINACIÓN

La *imaginación*, llamada también fantasía, es una facultad de nuestra psique. Se trata de esa actividad que transforma en imágenes los datos de la experiencia, los conserva, los reproduce y los modifica en el escenario de la conciencia, aunque los objetos correspondientes ya no estén presentes a los sentidos y a la percepción externa.

Es decir, la facultad imaginativa permite evocar en la conciencia contenidos de experiencias previas; posibilita asimismo ir más allá de lo percibido hasta ese momento y, en consecuencia, vivir el futuro, incluido el futuro meramente hipotético y que nunca será realidad.

En definitiva, si queremos una *definición* sencilla, podemos decir que la imaginación es la facultad de conservar, reproducir y combinar imágenes de las cosas sensibles.

Sus funciones

Las *funciones* de *conservación* y *reproducción* de la imaginación difieren de la percepción sensible. La experiencia nos enseña que lo percibido con los sentidos externos no es igual a lo que podemos luego imaginar. Las percepciones se enmarcan en un aquí y ahora, mientras que las imágenes interiores desbordan el tiempo y el lugar. Además, dado que las imágenes son meras reproducciones, son más pobres y limitadas que las percepciones. Y, una última diferencia, las percepciones se nos imponen: es difícil no ver lo que estamos viendo; las representaciones, al contrario, son menos insistentes: no es siempre fácil retener lo imaginado.

Según el predominio de uno u otro sentido, podemos hablar de diferentes *tipos* de imaginaciones. Si bien suelen predominar un par de sentidos, no obstante, podemos establecer estas relaciones que la simple experiencia permite confirmar:

Imaginación:

visual
auditiva
motora

Propia de:

pintores
compositores
bailarines

táctil
verbal
gustativa

escultores
cantantes
reposteras

Repito, la primacía suelen tenerla dos o más sentidos, por ejemplos: en el escultor tienen predominio la imaginación táctil y visual; en la repostera, la imaginación gustativa y olfativa; en los cantantes, la imaginación verbal y auditiva; en los actores y actrices suelen primar conjuntamente la imaginación auditiva, motora y verbal.

La combinación de imágenes antiguas permite formar otras nuevas y hasta crear lo que antes no existía. La *función creadora* de la imaginación permite anticipar realidades que no habían sido percibidas por los sentidos. Los grandes políticos, estrategias geniales, poetas y descubridores gozan todos de gran fantasía creadora.

Todos nosotros tenemos la capacidad de traducir pensamientos en imágenes; aquellos que son más artistas pueden también convertir las imágenes en sentimientos; y aquellos otros que tienen capacidad inventiva, pueden transformar las imágenes en experimentos.

Su integración con las facultades

Lo más interesante –y complejo– de la imaginación consiste en su capacidad de *relación o integración* con todas las facultades y dinamismos de la persona. Me detengo un momento en esto, pues nos ayudará a comprender mejor el mundo maravilloso de la fantasía.

Ya hemos visto cómo la imaginación se relaciona con las percepciones sensoriales. Pero quiero agregar algo más sobre este particular. La integración puede llegar hasta la misma suplantación. Solamente así se pueden explicar hechos como éstos: el enamorado que espera ansioso a su novia y la ve en la primera persona que se le acerca; o el niño atemorizado que ve en el árbol del jardín un tremendo monstruo que le acecha.

En los dos ejemplos precedentes vemos cómo la imaginación se integra también con la afectividad, hasta llegar a distorsionar la percepción. Imaginación y afectividad van tan juntas que podemos afirmar que la primera es la concreción o manifestación de la segunda. El mundo de las imágenes hunde sus raíces en la afectividad profunda, por eso nuestras imágenes están cargadas de una significación subjetiva, específica, la de nuestra afectividad fundamental, junto con todas sus alteraciones orgánicas y circunstanciales.

Imaginación y memoria

La imaginación se relaciona hasta casi confundirse con la memoria. Así como no hay imaginación sin memoria tampoco hay memoria sin imaginación.

Por lo general, nuestro testimonio de un hecho pasado es también representación de nuestro presente. No obstante se trata de facultades diferentes; la memoria, al menos, puede hacer distinciones en base a la temporalidad, cosa que no hacen las imágenes.

Su influencia

En fin, el simple recurso a la experiencia cotidiana nos permite decir que la imaginación está entreverada con todas nuestras facultades y funciones psíquicas, aun cuando los contenidos de éstas no sean conscientes. Por lo mismo, la imaginación tiene una enorme influencia en la motivación, conducta y aprendizaje.

Si han comprendido todo lo que antecede, entenderán también por qué, para algunos psicólogos, la imaginación es la traducción directa y visible de la energía vital de nuestro ser personal. O sea, nuestra energía vital aparece en el campo de nuestra conciencia, en forma de imágenes. En consecuencia, la imaginación, más que ser una facultad especial, sería una realidad

profunda asociada a todas las funciones básicas de nuestro psiquismo: querer, pensar, recordar, sentir, intuir... ¡Un niño o niña con buena imaginación es promesa de una rica personalidad futura!

Disciplinar la imaginación

Pero, claro está, la imaginación, al igual que cualquier otra realidad humana, precisa ser ordenada y educada, necesita someterse a una *disciplina* o pedagogía.

Los *peligros* de una imaginación indisciplinada son tan conocidos que no hace falta desarrollarlos, sólo someramente recordarlos: pesimismo, melancolías, arrebatos, desenfrenos, ilusiones y... No obstante, como la imaginación, en sí misma, escapa al pleno dominio de la voluntad, puede ser considerada como una facultad premoral: la mera imagen carece de valorización ética: tener malas imaginaciones, sin consentirlas, no implica ninguna falta moral.

Las *ventajas* de una imaginación ordenada son tantas que bien vale la pena tomarse el trabajo de educarla. De este modo, ella servirá de apoyo a los conceptos y al pensamiento abstracto, permitiéndonos ahondar en la comprensión de la realidad; reforzará nuestra motivación en la persecución de metas e ideales; creará lazos de simpatía y solidaridad favoreciendo nuestra relación fraterna con el prójimo; dará color y encanto al bien haciéndolo cercano.

Siendo tantas y tales las posibilidades de la facultad imaginativa sería un lamentable error no aprovecharla poniéndola al servicio de nuestra vida contemplativa y orante.

2. GENEALOGÍA

Nuestra oración representada no es invención de una mente alucinada o proclive a los ensañamientos. Se ubica dentro de una larga tradición. La imaginación tuvo siempre un puesto de honor en relación con la meditación de los *misterios de la vida de Cristo*. Siéndonos imposible recorrer toda la historia, demos al menos un vistazo parcial a la *genealogía* de la representada.

El método de San Elredo

Elredo de Rieval, monje cisterciense del *siglo XII*, parece haber sido el primero que intentó traducir en método espiritual un principio que su maestro san Bernardo había formulado de esta manera:

“Habita (Jesucristo) por la fe en nuestros corazones, habita en nuestra memoria, habita en nuestro pensamiento y desciende hasta la misma imaginación. Porque ¿qué idea se formaría antes el hombre de Dios? ¿No se lo representaba en su corazón bajo la forma de un ídolo? Incomprensible era e inaccesible, invisible y superior a toda inteligencia humana. Mas ahora quiso ser comprendido, quiso ser visto, quiso que pudiésemos pensar en Él (*Sermón en la Natividad de María*, 10-11).

El abad de Rieval posee una vigorosa doctrina sobre la facultad imaginativa; doctrina no sistemática, pero sí sintética. Para Elredo la imaginación es una facultad mediadora; por un lado, entre los sentidos externos y la memoria y el entendimiento; y, por otro lado, entre lo recibido o entendido y la afectividad y voluntad (Cf. *Sobre el alma*, II:1-16). Es decir, que la imaginación actúa siempre en conjunción con todo el dinamismo psíquico, prestando un incomparable servicio en el orden del conocimiento y la motivación.

Se comprende entonces por qué Elredo se vale de la imaginación como auxiliar de la contemplación y seguimiento de Jesús (Cf. *Espejo de la caridad*, III:14-16).

Valgan algunos pocos ejemplos para constatar cómo utiliza Elredo la imaginación orante. Claro está que para darse una idea más cabal habría que leer por entero sus tratados sobre la vida reclusa y Jesús perdido y hallado en el templo.

En su obrita sobre la vida reclusa, dirigida a su hermana, Elredo enseña el uso de la imaginación a fin de hacer presente y gozar del Señor. Al mismo tiempo, estas imágenes santas purificarán la imaginación y la encauzarán hacia lo alto y no hacia lo rastrero. Cito un texto entre tantos otros posibles.

“Contempla a María en su habitación y vuelve a leer aquellos pasajes que profetizan el parto de la Virgen y la venida de Cristo. Aguarda allí la venida del ángel de modo que lo veas entrar, escuches su saludo y así, llena de estupor y admiración, puedas saludar con él a tu dulcísima Señora diciendo: “Dios te salve llena de gracia, bendita eres entre las mujeres”. Repitiendo frecuentemente estas palabras, contempla cuál es esta plenitud de gracia de la que todo el mundo participó cuando el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros, lleno de gracia y de amor, y admira al Señor que llena cielo y tierra encerrarse en las entrañas de una joven a la que el Padre santificó, el Hijo fecundó y el Espíritu Santo cobijó con su sombra” (*Vida reclusa*, III,I:105).

Según Elredo, no sólo se trata de visualizar imaginativamente la escena, sino también de participar vivamente en ella, compartiendo sentimientos, y haciendo propias las palabras de los interlocutores. Pero aun más, se trata también de contemplar, con la ayuda de la imagen, lo que es inimaginable: ¡la plenitud de gracia!

En el mismo prólogo de su meditación sobre el relato del niño Jesús perdido y hallado en el templo, Elredo se figura lo que habían sido las vivencias de su interlocutor, Juan, joven monje y amigo, cuando meditaba estos textos. En realidad, nuestro magistral abad le está enseñando al discípulo cómo debería ser su meditación a fin de ser fructuosa. Escuchemos nuevamente a Elredo.

“Me figuro, hijo mío, la familiaridad, el amor, las lágrimas con las que acostumbras a interrogar a Jesús en tus santas meditaciones, cuando se presenta ante los ojos de tu corazón la encantadora figura del dulce Niño, cuando te representas espiritualmente aquel bellissimo rostro, cuando con gozo sientes posados en ti aquellos suavísimos y dulcísimos ojos. Entonces exclamas, sin duda, con íntimo afecto: ¿dónde estabas, dulcísimo Niño?” (*Cuando Jesús tenía doce años*, Prólogo, 2; cf. 3; I:1-3).

La meditación se desarrolla mediante los ojos del corazón, es decir, la imaginación. Ella permite representarse al Niño, sentirse mirado por él, hablarle familiarmente y llorar de emoción.

La escuela franciscana

En el *siglo siguiente*, la escuela franciscana, con san Buenaventura a la cabeza, invita con insistencia a la utilización de la imaginación en la vida orante. Bastaría leer las coloridas meditaciones del seráfico doctor sobre el árbol de la vida para convencerse de esto.

Recurro al testimonio de otro discípulo del *Poverello*; desconocemos su nombre, pero habría nacido en Italia: me refiero al autor anónimo de las *Meditaciones sobre la vida de Nuestro Señor Jesucristo*. En el prólogo de la obra leemos esta recomendación:

“Si quieres sacar fruto de este libro, has de hacerte presente a las palabras y obras del Señor Jesucristo igual que si las oyeras con tus oídos y las vieras con tus ojos... dejando de lado cualquier otra preocupación e inquietud”.

Este buen mendicante había aprendido por experiencia que existe una relación proporcional entre la calidad de la imagen representada y la quietud del alma; en un alma turbada las imágenes son turbias o enturbiadas.

Teresa la Grande

Santa Teresa de Jesús, en pleno *siglo XVI*, estaba harto convencida de que nada mejor que “traer siempre delante de los ojos su retrato o imagen (de Jesús)” (*Vida*, XXII:4; cf. *Camino de perfección*, XLIII:2).

La doctora carmelita enseña que sólo mediante la puerta de la humanidad de Jesús se llega a los secretos de la divinidad (*Ibid.*, XXII:6). Por lo mismo, considera la meditación imaginativa de Dios dentro de sí como un excelente medio de comunión con él (*Moradas cuartas*, III:3; cf. *Vida*, XII:2-3; *Camino de perfección*, LXI:4).

La enseñanza ignaciana

Pero sólo con Ignacio de Loyola, en plena cumbre del siglo de oro de la mística española, la imaginación entrega su arsenal de posibilidades prácticas. En el libro de los Ejercicios espirituales encontramos, al menos, tres técnicas imaginativas al servicio del encuentro orante con el Señor.

- Composición viendo el lugar (*Ejercicios espirituales*, 47, 65, 91, etc.).
- Contemplación viendo a las personas (*Ibid.*, 106-108, etc.).
- Aplicación de los sentidos (*Ibid.*, 121-126, etc.).

Opinamos que el uso de la imaginación es para Ignacio tan importante que, sin ella, los Ejercicios, en su conjunto, perderían gran parte de su dinamismo vivencial.

El fruto más maduro y sazonado de este uso ponderado de la imaginación es el “conocimiento interno” de los misterios (*Ibid.*, 104). Este conocimiento teologal implica un paso de los sentidos imaginarios a los sentidos espirituales (*Ibid.*, 122, 124), de la humanidad de Cristo a su santísima divinidad.

Ante la dificultad de ilustrar y comentar la riquísima doctrina ignaciana, me contento con presentarles este texto en versión modernizada:

- La quinta contemplación será aplicar los sentidos sobre los temas de la primera y segunda contemplación.

Oración: Después de la oración preparatoria y de los tres preámbulos, aprovecha aplicar los cinco sentidos de la imaginación por la primera y segunda contemplación de la manera siguiente:

Primer punto: El primer punto es ver las personas con la vista de la imaginación, meditando y contemplando en particular sus circunstancias; y sacar algún provecho de lo que vemos.

Segundo punto: El segundo es oír con el oído lo que hablan o pueden hablar, y reflexionando en mi interior sacar algún provecho de ello.

Tercer punto: El tercero, oler y gustar con el olfato y con el gusto la infinita suavidad y dulzura de la divinidad, del alma y de sus virtudes y de todo, según fuere la persona que se contempla, reflexionando en sí mismo; y sacar provecho de ello.

Cuarto punto: El cuarto, tocar con el tacto, por ejemplo, abrazar y besar los lugares donde esas personas pisan y están colocadas, procurando siempre sacar provecho de ello (*Ibid.*, 121-125).

Estas palabras del maestro Iñigo suscitan una pregunta: ¿cómo es posible con los sentidos imaginativos del olfato y del gusto oler y gustar la suavidad y dulzura de la divinidad? La única respuesta posible, fundada en la tradición, es esta: ¡han entrado en acción los sentidos espirituales!

3. LAS OBRAS DE JESUCRISTO

Poder sacramental

Según lo anunciado me queda aún algo por decir a fin de completar el marco de referencia en el que se ha de comprender nuestra oración representada. Me refiero al *poder sacramental de las obras de Jesucristo*. El tema no es de fácil explicación. Haré lo que pueda, ustedes también.

La contemplación de los hechos de la vida del Señor, mediante la oración representada, ha de considerarse como algo “actual”. Si bien el hecho no está teniendo lugar en su momento histórico, no obstante, la “gracia” inherente al mismo es perenne y, por ello, obra en nosotros los mismos efectos que habría obrado si hubiéramos estado en aquella circunstancia histórica. No dudamos de que los misterios de la vida de Jesucristo pertenecen al pasado en cuanto hechos históricos, y tampoco dudamos de que pertenecen al presente por su relación con Cristo resucitado. ¡El Resucitado eterniza los hechos históricos de su vida pasada!

Imaginación e historia

Ahora bien, la imaginación, al igual que la memoria, es una facultad íntimamente relacionada con la historia. Con ella podemos hacernos presentes a aquello que acontece fuera de nosotros e inclusive lejano en el tiempo. Ella nos permite, en conjunción con la escena evangélica, vivenciar como encuentro salvífico, en el aquí y ahora, los acontecimientos históricos del pasado. Mediante la imaginación agraciada, captamos la actualidad de los misterios de Cristo.

La conmemoración de los misterios del Salvador “abre las riquezas del poder santificador y de los méritos del Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación”. Y no soy yo quien lo afirma, sino los Padres conciliares (*Sacrosanctum concilium*, 102).

4. EL PROCESO

Bien, considero que todo lo anterior es más que suficiente como marco de comprensión de lo que ahora sigue. Me refiero, en primer lugar, al *proceso* de la representada. No hace falta decirles que el método que propongo ha de ser adaptado o modificado según las necesidades de quien necesite modificarlo.

El *prólogo* de esta forma bíblica de orar contemplativamente consiste en la selección y atenta lectura del texto evangélico que se va a representar; como así también en una toma de conciencia de la cita con el Señor.

Pasemos sin más a los *pasos* o momentos de ese movimiento vital en los que se articula el proceso y expresa la fe enamorada. Me valdré de unas palabras claves, casi las mismas que usé cuando les presenté la abreviada, para designar dichos pasos.

– *Recolección*

Tomo una postura cómoda y cierro los ojos sin esfuerzo. Dejo de lado toda preocupación y expectativa. Me tranquilizo.

A fin de recogerme, me puedo valer de esta práctica u otra semejante: retengo un par de veces la inspiración enviando imaginativamente el aire, como si fuera un globo, a todas las partes de

mi cuerpo. Puedo también ayudarme tomando contacto con sensaciones corporales y afectivas. No importa el medio, sino el fin: recogerme en mí mismo.

– *Inmersión*

Al igual que con el paso anterior, no hay variante respecto a la abreviada. Hago una cuenta descendente del 10 al 0 al compás de la expiración y acompaño cada número con un sentimiento de efectivo descenso. A partir del 5 adjunto una sensación de distensión y aflojamiento. Al llegar al cero, aflojo totalmente los párpados y músculos de la cara, al igual que los de todo el cuerpo. Me experimento como anclado en mi propio centro. Si es necesario refuerzo el anclaje valiéndome de sucesivas cuentas del 3 al 0.

– *Contemplación*

Respiro normalmente y me olvido de que lo hago. Dejo de lado toda curiosidad intelectual. La contemplación queda en manos de la imaginación, mejor dicho, de los sentidos de la imaginación. Represento un audiovisual de la escena evangélica. Veo a las personas, observo sus acciones, escucho lo que hablan. No como espectador, sino como un actor más en medio de los acontecimientos.

Además de oír y ver, cuando el relato evangélico me es familiar, procuro también hacer entrar en acción mis sentidos del gusto, olfato y tacto. Puedo, de igual modo, imaginar lo que las personas piensan, desean, sienten y quieren.

(La imaginación, siendo portadora de afectos profundos, ayudará a evitar la dispersión y a fijar la atención de las facultades. Las imágenes, por su propio peso y densidad, han de llevar hacia la afectividad de base y fondo del corazón).

El progreso de la representación seguirá un doble movimiento. El primero, de simplificación, para lo cual procuraré enfocar un aspecto de la escena representada. El segundo, de interiorización, y esto lo logro mediante el aquietamiento de la sensibilidad, unificación del pensamiento y la divina gracia de la espiritualización de la imaginación.

– *Retorno acompañado*

Procedo de igual manera que con la oración abreviada. Asciendo el camino descendido. Me ayudo con una cuenta del 1 al 3 siguiendo el ritmo de la inspiración. Abro los ojos y me muevo lentamente. Él está conmigo, me acompaña y acompañará el resto del día. Ella ha estado y estará también presente.

Frutos

Al ponerme a hablar de los *frutos* de la representada podría repetir, aunque en clave imaginativa, todo lo ya dicho para la abreviada. Me refiero al reencuentro consigo mismo y con el Señor en el fondo del corazón.

Podría también hablar, aunque no lo hice y no lo haré, de los saludables efectos fisiológicos y psicológicos de estas formas de oración contemplativa por inmersión.

Dejando de lado todo lo referente a los sentidos de la vista, oído, tacto... en diferentes estados de conciencia, deseo, esto sí, puntualizar tres *efectos* de esta forma imaginativa de contemplar. Ante todo, la vivificación de los conceptos gracias al valor afectivo de las imágenes. También, un cierto sentimiento de cercanía, presencia o, al menos, la atenuación del carácter distante e irreal de lo meramente conocido intelectualmente. Y, por último, dado que la imaginación condensa afectos, ella nos permite conocer actitudes profundas de nuestra personalidad y aspectos de nuestra

sensibilidad de base; tengamos además en cuenta que la superación de una resistencia imaginaria es un gran paso adelante para la superación total de la misma en la realidad cotidiana.

Pero lo precedente no es lo más importante. El *fruto* sazonado de la contemplación representada es el encuentro con el Señor, más allá de toda representación sensible, pero por mediación de ella. El claravalense Bernardo nos lo describe así:

“Mas no estimes que en esta comunión íntima del Verbo con el alma se ha de sentir algo corporal o imaginativo; puesto que aquí no se realiza sino lo que el apóstol ha dicho: ‘quien se adhiere a Dios se hace un espíritu con Él’... El alma no se contenta con que el Esposo se le manifieste en la forma común a muchos... sino que quiere y desea que, por especial privilegio, el Señor descienda a ella de lo alto del cielo y penetre en lo profundo de sus afectos y hasta la médula del corazón; quiere que Aquel a quien ama no se le muestre sólo bajo alguna figura externa, sino que haga como una infusión de sí mismo en ella... La cara de Dios que el alma contempla, no tiene forma alguna determinada, sino que imprime su forma” (*Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, XXXI:6; cf. LII:1-3; LXXIV:5-6).

Advertencias

Y termino con las *advertencias* prometidas. A mí me han sido útiles, confío que a ustedes también. Aunque nada ha de suplantar el diálogo vivo, de palabra, con alguien de experiencia.

- La práctica de la representada puede limitarse a dos períodos diarios de unos 20 a 30 minutos.
- Las imágenes más plenas de sentido y cargadas de sentimientos positivos pueden ser evocadas frecuentemente a lo largo del día.
- Nada de esfuerzos inquietantes o de ansiedades por lograr algo; y destierro total a todo fenómeno, por sublime que sea; la única y verdadera meta es la transformación en Cristo.
- Recordar que: a mayor distensión, mayor vivacidad de imágenes; y a mayor calidez del tono afectivo, mayor efectividad de las mismas.

Que la Virgen Madre nos regale su presencia; de esta manera la oración representada nos hará presentes a Jesús.

Todo y siempre en la soledad solidaria de María de san José.

Bernardo